

Al jefe supremo de la Revolución*

El elemento femenino que labora en “EL PUEBLO”, ofrece a usted su contingente. Incapaz del esfuerzo ejecutivo, se brinda a curar las heridas de los soldados del deber.

Él, mientras suenan las músicas bárbaras de la fusilería sabrá encontrar un grito de consuelo y aliento misericordioso para el que caiga bajo el huracán incontenible de la metralla.

Vistiendo la alba toca, ceñida al brazo de la cruz de la piedad se ofrece en un rendimiento del honor.

Las mujeres que inadvertidamente coadyuvan a la difusión de los ideales y grandezas de la Revolución, le dicen a usted, el más representativo de los mexicanos, pues que encarna el poder, y con la encarnación del poder tiene la más elevada investidura republicana.

Estamos de pie, para ir al borde del lecho del herido, para llevar agua a los labios del sediento, para cruzar cristianamente los brazos sobre el pecho del moribundo.

Estamos a las órdenes de la Patria:

Laura Méndez de Cuenca, Guadalupe Robles, Consuelo Von Glumer, Dolores Sánchez; Blanca D. Gómez, María González, Erendira Barrios, María Guadalupe Olvera, Esperanza Lomelí Pratt; Esperanza Robles, Eustolia Santamaría, Florinda Santamaría; Teodora Maya; Margarita L. de Larios; Elena Castro.

* *El Pueblo*, 19 de junio de 1916, p. 2.

La mujer mexicana moderna en el nuevo hogar*

Hay un aspecto en el hogar, que empieza a formar la mujer mexicana que ha plasmado la Revolución, concorde con sus ideales, que de pronto destantea a los timoratos; pero que observándolo a la luz del buen sentido, muestra sólo un paso adelante en la ruta social. Me refiero a la libertad que se está concediendo a la mujer, sobre todo a la niña casadera, para obrar libremente según sus inclinaciones, para no depender de nadie económicamente, para encarnar una personalidad moralmente responsable de todas sus acciones.

La mujer moderna trabaja, la mujer moderna va sola a la calle, gestiona sus asuntos propios y aún aquellos que atañen a sus mayores, todavía tímidos y en muchos casos incapacitados para confrontar las dificultades cada día más complejas de la lucha por la existencia.

Los nuevos hábitos a que se acomoda con tal fin están desnudos de malicia, aunque ante algunos ojos no lo parezca, y es que con la transformación de las ideas, efecto de los impulsos del tiempo hacia la evolución, se ha operado y se sigue operando una crisis en las costumbres.

En el hogar de antaño las dogmáticas malicias del catecismo católico ni aún siquiera alcanzaban a desbistar el femenil intelecto atiborrado de sandeces y de mentiras, en el cual regía pontificalmente la sagacidad de un confesor. Ni el marido ni la mujer que encabezaba la familia osaban enderezar los pasos de la prole hacia ningún punto cardinal en el que no se avistara un ángel o un santo con la cabeza ceñida de un halo cruciforme.

El ambiente del hogar era de silencio y de tristeza. Por su recinto se deslizaban figuras dolorosamente pálidas con los ojos bajos. Eran los miembros femeninos de la casa. A menudo llevaban la frente maculada invisiblemente por los impuros pensamientos provocados en la penumbra del confesionario.

* *El Pueblo*, t. 1, núm. 673, 14 de septiembre de 1916, p. 3.

Pecado lo era todo: amar, vivir, respirar, a pulmón lleno el aire saturado de aromas, ebrio de sol, radiante de alegría vivificadora. Transcurría la existencia en la sombra irresponsable desesperanzada en las cosas terrenas, sin otra claridad que la tenue de la fe intermitente, heredada de generación en generación como se hereda un cáncer.

Así dejaba una sociedad a su sucesora todas las dolencias físicas y todas las lacras morales que en cambio la ignorancia y la hipocresía engendraban y concebían para mal de la infeliz mujer.

Ella fue en ese medio malsano, víctima, a la vez que agente de mil crímenes sin nombre a que la llevó su ceguedad.

Ella fue víctima y causa de mil males a que la impulsó la pasión turbulenta. Por consecuencia sirvió de instrumento del crimen y de atenuante al criminal que supo manejarla.

Hoy el estado de cosas es muy otro, merced a la piqueta revolucionaria que viene demoliendo errores y merced al cincel revolucionario que viene labrando almas para luz del progreso.

La mujer mexicana no es ya sombra evanescente de un mito arcaico, no es la corruptora irresponsable de la familia, porque ha dejado de formar parte de la herramienta destructora del cura.

La mujer moderna, iluminada por la antorcha de la Revolución y enaltecida con sus nobles ideales, reclama ante todos los privilegios a que tiene derecho, el inestimable de la libertad. Conoce que para que el bien que se hace sea virtud, y el mal vergüenza, es menester que uno y otro se hagan libremente y no obedeciendo a sugerencias extrañas. Comprende que la moral no es código de acciones mecánicas, puesto que su esencia no es sino la libertad.

La costumbre es el molde en que la moral toma forma robusta, y por eso, a establecer nuevos moldes, en el hogar, va determinada la mujer de hoy.

A esta sustancia quedan reducidas las influencias de la Revolución en el hogar moderno.

No más disgregaciones de elementos ni de valores. Lo que fue ayer desgranar rosarios estériles, hoy se llama acumular energías fecundas. Lo que fue ayer mutilarse en la vida ociosa de la contemplación, es hoy reconstruirse, reforzarse por el trabajo y en un ambiente higiénico.

Ya la mujer no es carga para los padres cargados de hijos, enfermizos o decrepitos, porque sabe y quiere trabajar, porque se siente orgullosa de contribuir con sus incipientes esfuerzos a acrecer el pan de la familia.

Ya la mujer no necesita de rodrigón ni de dueños ni de escuderos que le sigan los

pasos. Se acabaron para siempre en las casas solariegas los mercenarios asalariados que orillaron al arroyo a mujeres bien inclinadas en vez de detenerlas en su caída.

Va la mujer sola en su destino, responsable, consciente. ¿Qué no todas salen incólumes de la prueba? Es verdad; pero no hay que culpar de eso sino a la cruel Naturaleza, que se complace en producir seres moral y físicamente incalificados para la formidable lucha de vivir. Suya es la culpa de ese lamentable fracaso social. Si no todas las mujeres tienen el poder de reprimir sus instintos, si no todas saben luchar con la balumba de falacias del mundo, allá ellas.

Ya cuentan para defenderse con un don inestimable: la libertad espiritual que irá socavando las raíces de las preocupaciones y prejuicios ancestrales, lo que en conjunto con la ciencia que se imparte en la escuela higienizará la vida doméstica extirpando los elementos morbosos que en otros días, idos por fortuna para siempre, fueron la base de sustentación sobre la cual crecía y se desarrollaba la familia mexicana.

La mujer como revolucionaria*

Declarar que la mujer es un factor social importante en la vida de los pueblos, no es sino la exteriorización de un hecho que por viejo es de todos conocido, aunque por prejuicio, por presión del hombre, no de todos confesado. Suprimir a la mujer de las luchas políticas, es falsear o destruir la historia del mundo.

No es, por consiguiente, honrado ni atinado descontar la influencia de la mujer en el ánimo del hombre, así sea el hombre un héroe, un mártir, un tirano o un libertador, un degenerado o un filósofo. Detrás de cada obra resonante o callada, detrás de cada acontecimiento trascendente o perdido en la oscuridad de su propia insignificancia, a poco que se ahonde en la escrutación de su origen, se ven los trazos de una silueta femenina.

La mujer, ya lo he dicho otras veces, es, no sólo la compañera y la madre del hombre, sino también la autora del caballero y la autora del porvenir de la humanidad. Ella plasma en su regazo al adalid y al cobarde, al profeta, al artista y hasta al incalificado y al cretino, por manera tan significativa, que para conocer íntimamente las cualidades de un individuo, sean cualesquiera su origen, condiciones de medio y posición social, no hay más que ir derechamente a averiguarlo todo en la autora de sus días. Mostrándose ella, revelará la idiosincrasia del hijo y su valor en el concepto de los valores nacionales y aun racionales.

La importancia que puede tener para nosotros la aceptación de tales manifestaciones, para sentarlas como premisa de subsecuentes juicios es bien patente. Queremos rastrear, en las actuales condiciones de México, las huellas de la mujer mexicana, para deducir conclusiones sobre qué planear al futuro de la patria.

La cooperación activa y eficaz de la mujer en la lucha épica a que ha dado clima la Revolución, es incuestionable. Nadie sin consentir en que se le llamase ingrato, la negaría.

* *El Pueblo*, 15 de septiembre de 1916.

Cuando los estadistas y los estrategas, que han nivelado con el suelo a los tiranos, apuntaban apenas como brotes de regeneración, sobre sus humildes hogares, sobre sus opulentas casas solariegas, por cima del aplastante tejado de un taller, o traspasando la techumbre alicatada de un banco o de una gran negociación, la mujer mexicana tímida por naturaleza, modesta y recatada por abolengo, poniéndose al refugio de la buena causa, despreció toda suerte de peligros y se asoció a la Revolución.

Ella fue la que transmitió muchos acuerdos entre jefes y subalternos, burlando la vigilancia del enemigo; ella franqueó bizarramente las puertas peligrosas para advertir de posibles riesgos a los luchadores que jugaban en las trincheras de la vida.

¡Cuántas veces una mujer llevó parque donde hacía falta, cuántas veces colmó de provisiones los campamentos castigados por el hambre y sació la sed de los caídos en la refriega y restañó sus heridas y recibió sus últimas palabras, antes de cerrarles los ojos para siempre!

En plena guerra no ha de presumirse que la heroica compañera del hombre permaneciera ociosa a sabiendas del peligro de una derrota, que podría ser definitiva. Y entonces, arriesgándolo todo, la mujer mexicana se apartó en más de una ocasión de las dulzuras del hogar para ceñirse las armas y colaborar de modo más resuelto y efectivo, a la defensa de la causa revolucionaria.

Muchas cayeron en la sombra entre esa multitud anónima que suele pavimentar con huesos de héroes el suelo de las patrias victoriosas; muchas cayeron y levantaron con heridas cerradas por la piedad o por la suerte. Y mutiladas o deformes van por ahí bregando por el pan de la familia, sin presumir de heroínas, sin siquiera acordarse de las penalidades pasadas para tener en qué fundar la solicitud de amplias y justas recompensas.

Empero, el gobierno triunfante por fortuna del grueso de sus implacables enemigos, no ha desestimado la importante labor femenil y sin cesar acude con el premio merecido, apenas se percata de que una mujer revolucionaria ha podido pasar inadvertida entre las tumultuosas mayorías.

Pero al mismo tiempo que la Administración mira por un reparto equitativo de galardones, así entre sus soldados héroes como entre sus abnegadas heroínas, cuando ha llegado ya el momento de la reconstrucción de la patria sobre ideales nuevos, y de prepararla para un siglo nuevo, se preocupa mayormente por el enaltecimiento de la mujer, cultivando su intelecto, suavizando sus costumbres, puliendo sus maneras sociales y poniendo en su sensible corazón la simiente de la virtud severa, que es la sola que hace matronas de las mujeres para que reinen en el hogar.

¿Qué medios han de servir para la transformación de la mujer hasta hoy criada con mimo en un ambiente de sentimentalismo malsano, de ignorancia y de supersti-

ción? Indudablemente el primero y más eficaz es la escuela. La escuela que nos dará tópicos para borrar otras cuartillas, es la fuente lustral en que la ciencia purifica los espíritus maculados y donde germina el árbol prolífico y frondoso del progreso mundial.

Detengámonos por ahora en el dintel de las puertas de la escuela y llamemos.

La mujer como factor social*

La mujer ha pasado por larga serie de fases de muy complejo significado, durante el periodo histórico de la vida del mundo. Fue tierna en la etapa matriarcal, cuando se la veía con mudo asombro, por su compañero, considerándola como autora única o autora preeminente de la familia, y, por consiguiente, de la vida del hombre, ya fue la doncella que apacentaba el ganado y ordeñaba las vacas en la época de la vida vagabunda de los patriarcas, y sucesivamente ha sido, en los varios países del globo, esclava y matrona.

Al cristianismo debió su regeneración social, con la libertad espiritual, pero más tarde tuvo que renunciar oprimida por la aplastante superstición de la Edad Media. Ha sido en el orden intelectual y moral discutida por sabios moralistas y filósofos, de cuyas categóricas declaraciones salió siempre cubierta de vejamen.

A veces ha sido adulada hasta lo increíble, por el hombre, y a veces escarnecida, con igual injusticia y con igual desconocimiento de su idiosincrasia, para lo uno que para lo otro.

Más erecta y eréctil, por el pleno conocimiento de sí misma, o abatida y resignada con la porción social que le tocó en suerte, en presencia de la crueldad masculina que tan mal ha calificado al sexo débil, la mujer no se desvía, aunque haga continuamente paradas forzosas, del camino del adelanto material y cultural del mundo, y marcha hombro a hombro, con el hombre que asciende.

Así la mujer mexicana desde que se midió con su compañero en los campos de batalla, desafiando y despreciando los peligros de la guerra, sube rápidamente por la cuesta arriba que le fue vedada por los siglos de los siglos. Va disparada y resuelta a la conquista de los derechos sociales que son los suyos, como copartícipe del hombre en el bregar por la existencia.

* *El Pueblo*, t. III, año I, núm. 675, 16 de septiembre de 1916, p. 5.

Lucha principalmente por su independencia económica y por su libertad social. Emanciparse de la humillante tutela masculina ha sido el primer paso, entrando en el taller, en la fábrica, en la oficina, en los negocios activos de la banca y del comercio. Se ha cansado de ser compadecida y ha dicho: esto se acabó.

El tutor y el curador, esos dos instrumentos creados por la Ley, para la protección de los niños y de los insanos ya no tienen que ver con la mujer de hoy. En la hora de ahora, aquel ente encerrado en la jaula del hogar al igual que un animal doméstico, desde que abrió los ojos a la luz de la existencia, hasta que arrullando bisnietos se quedaba dormida para siempre, es una alma libre, una voluntad que se impone, un guarrismo que cuenta por sí solo, sin ceros ni a la derecha ni a la izquierda.

Cuando no recibe ayuda, se abre paso a fuerza de puños por entre el egoísmo secular de padres, esposos, hermanos e hijos, y sabe sacudirse de toda tiranía, con los esfuerzos nunca domados por su voluntad. Donde se le abren las puertas del saber y se le ofrece sin escrúpulos ni envidias un vasto campo de acción, sabe ella pasar dignamente sobre las preocupaciones y las pequeñeces sociales.

En los ociosos recreos de las aulas, la mujer mexicana ha meditado mucho en la finalidad de su misión social, ya que la del hogar, toda abnegación y sacrificios, ha sabido cumplirla bizarramente. Y de estos pensares graves y lentos, ha llegado a brotar como flor delicada del corazón y de la inteligencia, la conciencia del deber moral que todos adquirimos con la existencia, de ayudar a los otros, de renunciar un poco a nosotros mismos, en servicio de los demás.

De ahí que la mujer mexicana haya querido dar a la cultura alguna dirección científica a la vez que utilitaria. De ahí que haya querido compartir con el hombre las dos carreras profesionales, que más se prestan para servir a los necesitados de salud y de justicia: la carrera de médico y la de jurisconsulto.

Usurpando la función masculina a la cabecera de las enfermas, puede prestar a la mujer consuelo de que es incapaz el hombre.

Sólo una mujer capacitada para la maternidad se hará cargo de los cuidados que la maternidad reclama, interpretará fielmente en el semblante dolorosamente pálido del niño sus sufrimientos y dolencias.

En la curia, la mujer sabrá abrir el corazón cuya llave le es familiar, y rasgar los velos que el hombre busca a tientas, y deja muchas veces de encontrar.

De una mujer a otra irán naturalmente las confidencias femeninas, como de un cauce a otro cauce las aguas de un río. La mujer dolorida desahogará su corazón henchido de tristeza, en otro que la comprende: la mujer criminal sentirá menos penosa su confesión, porque cuenta ya con la indulgencia de quien está bien familiarizada con la pasión que conduce al pecado.

El hombre sabe mucho de todo, excepto lo que piensa y siente la mujer. Ha llegado a poner en duda hasta que ese pobre ser tan abajado en el concepto moral, tuviese alma.

Sin rencores ni empeño en hacer al hombre competencia científica ni económica, la mujer mexicana de nuestros días, va modestamente hacia los ideales nobles y altruistas de la Revolución que la sacaron del hogar, fascinándola, para ir a luchar por ellos en las trincheras.

No hace más que seguir por el indeclinable anabapsis del progreso.